

“LA NECESIDAD DE LA TEORÍA ES SOLIDARIA CON LA NECESIDAD DE LA LITERATURA”: ENTREVISTA A JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

“THE NEED FOR THEORY IS TWINNED WITH THE NEED FOR LITERATURE”. AN INTERVIEW WITH JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS

José María Pozuelo Yvancos
Universidad de Murcia
pozuelo@um.es

Mariángeles Rodríguez Alonso 
Universidad de Murcia
ma.rodriguezalonso@um

Fecha de recepción: 18/11/2022
Fecha de aceptación: 18/11/2022
DOI: <https://doi.org/10.30827/tn.v6i1.26685>

Resumen: En la siguiente entrevista, José María Pozuelo Yvancos repasa su carrera académica y el desarrollo de su actividad investigadora tras medio siglo de ejercicio docente. En la conversación aborda sus comienzos como joven profesor universitario, el estado de los estudios literarios en los años de la conformación institucional del área, los nudos de su contribución al pensamiento literario, el valor de su faceta como crítico, y cuestiones relevantes tales como la utilidad y sentido de la Teoría en nuestros días y los principales peligros y retos a que se enfrenta la disciplina en la actualidad.

Palabras clave: José María Pozuelo Yvancos; entrevista; Teoría Literaria; Literatura.

Abstract: In the following interview, José María Pozuelo Yvancos reviews his academic career and the development of his research activity after half a century of teaching. In the conversation he discusses his beginnings as a young university professor, the state of literary studies in the years of the institutional conformation of the area, the main points of his contribution to literary thought, the value of his critical activity as well as questions such as the usefulness and meaning of Theory in our days and the main dangers and challenges facing the discipline today.

Keywords: José María Pozuelo Yvancos; Interview; Literary Theory; Literature.

P- *Theory Now* quiere sumarse a la celebración de su próxima jubilación y, desde la perspectiva que esta otorga, realizar junto a usted un recorrido intelectual por algunos aspectos de su trayectoria profesional. Podríamos afirmar que la precocidad ha marcado su carrera académica: a los veintitrés años es ya doctor, a los veinticinco gana la oposición de Profesor Adjunto Numerario, y a los treinta y uno se convierte en el Catedrático más joven del área. ¿Cómo recuerda aquellos primeros años? ¿Qué consejo daría a los jóvenes investigadores que se hallan en esa fase inicial de su carrera?

R- Casi me da apuro decirlo, pero ciertamente incluso en aquellos años era insólito una carrera tan meteórica. Hay una primera razón de tal precocidad, que comienza antes de ser profesor, puesto que ingresé a estudiar en la Universidad teniendo diecisiete años, cuando me matriculé en Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia, en noviembre de 1969. El periodo normal de matrícula era septiembre pero el decano me permitió trasladar el expediente desde Valencia, al escuchar mis razones. Resulta que tras terminar Preuniversitario y el examen de ingreso a la Universidad (que era muy duro, lo lográbamos solo un cuarenta por ciento de los aspirantes, razón por la que luego era más fácil tener trabajo), mi primera opción se había volcado hacia el periodismo, quizá por haber creado como adolescente un periódico estudiantil en el internado de los jesuitas en Vistahermosa (Alicante). El periódico se llamaba *Periscopio*, un título muy acertado, tratándose de un periódico en un internado, que le dimos mi amigo Guillermo Louis y yo. Recuerdo que a los catorce años escribía yo artículos (conservo alguno) contra la guerra de Vietnam. Estábamos ya comprometidos, influidos por los jesuitas jóvenes (en realidad estudiantes formándose para jesuitas en la larga carrera que esta orden tenía) que formaron un microclima contrario a los jesuitas viejos. El Vaticano II había supuesto una quiebra en la Compañía de Jesús (y en la Iglesia en

general). Eran los tiempos del padre Arrupe. De ahí que muchos jesuitas abrazaran la Teología de la Liberación en América latina o que el padre Llanos se hiciera comunista y fundara el Pozo del Tío Raimundo tras haber sido el preceptor de la alta burguesía de la calle Serrano. Le siguió el padre Díez Alegría. Ambos publicaron una serie que se titulaba El Credo que ha dado sentido a mi vida (*¡Yo creo en Jesús de Nazaret!*, *¡Yo creo en la esperanza!*, etc.) en la editorial Desclée de Brouwer.

Teníamos quince años y devorábamos libros de compromiso cristiano, antes aun los de Michel Quoist, el autor de *Amor: El diario de Daniel*, un auténtico *best-seller*. En novelas leíamos a Martín Vigil, que era jesuita: sobre todo *La vida sale al encuentro* y *Una chabola en Bilbao*. Pero me estoy apartando. Si hago estos excursos sobre el internado de jesuitas en el que me formé, es para explicar parte de la precocidad formulada en tu pregunta. Fui catedrático a los 30 años quizá porque a los catorce años comenté a mis compañeros del internado, en el seno de un Club de lectura que teníamos los internos, nada menos que *El viejo y mar* de Hemingway, que fue mi primera conferencia crítico-literaria siendo adolescente. También los jesuitas nos animaron a crear un Club de cine en quinto de bachiller (el bachiller, en ese plan de estudios compartido con los de mi generación como Javier Marías y de la generación anterior como Eduardo Mendoza, duraba desde los diez años a los dieciséis). Pues bien, en quinto curso teníamos una asignatura complementaria que se llamaba Cine, donde visionábamos *Ciudadano Kane* o *Ladrón de bicicletas*, todo Chaplin y por supuesto Bergman, que gustaba mucho a los curas jóvenes quienes nos invitaban a fóruns sobre *Fresas salvajes*, *El séptimo sello* o *Los comulgantes*, que eran películas censuradas durante el franquismo y que gustaron e influyeron tanto a Woody Allen. Pero el padre Caparrós, que escribió luego manuales de cine cuando salió de la orden, se fue de ella precisamente por querer hacer cosas así.

Cerraré esta idea de la precocidad con una anécdota para que se entienda a mi generación. Los curas viejos nos censuraron un número de *Periscopio* por haber publicado en él una entrevista con Joaquín Ruiz Giménez que había sido ministro de educación con Franco pero había caído en desgracia ante el Régimen por las revueltas estudiantiles de la Universidad Complutense en 1956. Pues bien, el padre de Guillermo Louis era de la ACNDP (los propagandistas, católicos fundadores del CEU y dueños del diario *Ya*) y Joaquín Ruiz Giménez vino como propagandista a Alicante a dar una conferencia. Era una oportunidad. “¿Por qué no aprovechamos que tu padre trae a un exministro para hacerle una entrevista?”, pregunté a Guillermo y, hete aquí que, sin decirle nada a los curas, la hicimos. El gobernador civil ordenó el secuestro de la revista. Es una pena que no conservara el número que secuestraron, quizá el Colegio de la Inmaculada tenga archivo de ella. De modo que a los catorce años ya había dado una

charla sobre Hemingway, había sufrido la censura cultural, y me expulsaron del colegio a los quince entre otras cosas por llevarme a misa (obligatoria y diaria) escondidos dentro del Misal, libros de la colección Escelicer de teatro, que era de formato pequeño y donde yo leía a Alejandro Casona entre otros. También me pusieron raya roja (que era suspenso fulminante en Aplicación) por pillarme leyendo durante las horas dedicadas a estudio el libro *Carolina querida* de Cécil Saint-Laurent, novela publicada en la colección Reno de Plaza & Janes y que creo recordar trataba de la Revolución francesa. Por cierto, siendo adolescente devoraba las novelas de esa colección Reno, donde leía *Cuerpos y almas* de Maxence Van der Meersch, *Viento del este, viento del oeste* de Pearl S. Buck, a Mika Waltari (*Sinuhé, el egipcio*) y tantos otros. Ocho años encerrado en un internado dieron para mucha lectura, mucho cine, mucha experiencia (alguna difícil de creer cuando la cuento en la intimidad).

La aventura de *Periscopio* entonces me llevó a estudiar Periodismo, y tras la decepción, a Filosofía y Letras de Murcia, facultad sobre la que hablaré algo cuando tratemos los estudios literarios universitarios antes de la Teoría. No abandoné el gusano del periodismo pues, siendo recién catedrático en 1983, creé en la Universidad de Murcia la revista cultural *Campus* y, mira por dónde, también sufrí el secuestro de un número por parte del Vicerrector, del PCE, el profesor comunista Fernando Muñoz, por haber permitido que un fotógrafo, Paco Salinas, publicase con su firma una viñeta crítica con el sonado viraje dado por Felipe González en el tema de la OTAN. De modo que revistas por mí creadas sufrieron secuestro de los curas y del vicerrector comunista, lo cual dice mucho —hay una pedagogía fuerte en ello— tanto sobre curas como sobre comunistas, espejos convexos en hermandades de dominio. He dado los nombres porque lo que digo es comprobable. Solo el escándalo de la prensa local y el temor a que tal censura trascendiera a la nacional hizo que el rector Antonio Soler me repusiera en el puesto de director de *Campus*. Permanecí tres meses y luego dimití por voluntad propia y dignidad universitaria.

Y puesto que hablamos del gusano del periodismo, en 1991 colaboré como crítico en el suplemento del diario madrileño *El Sol* (mi primera crítica fue sobre *Presencias reales* de George Steiner). El suplemento lo dirigía el escritor Manuel Longares, aunque a mí me había recomendado Fernando Lázaro Carreter, consejero del periódico (por su complicidad con Germán Sánchez Ruipérez, el fundador de Anaya y Cátedra, y comprador luego de Alianza). En ese suplemento, que duró apenas dos años, también escribía José Carlos Mainer, entre otros. Y finalmente llegué a *ABC Cultural*, pero puesto que afecta a la función crítica continuada mejor hablaré luego de esa función. He traído todo esto para trazar que el periodismo fue una línea de flotación de mi biografía desde adolescente y espoléó mi curiosidad por las letras y los textos.

Pero en la precocidad de mi carrera, y llego ya a la otra dimensión de tu pregunta, hay un elemento no solo personal, sino estructural, y debe ser puesto en relación de contraste con lo que viven los jóvenes investigadores de ahora, donde cualquier precocidad sería condenada. Es escandaloso que en la Universidad española haya jóvenes tan preparados, con idiomas y estancias de formación en el extranjero, y que les den los treinta y tantos años sin haber podido meter cabeza, ligando becas predoctorales a posdoctorales, o aspirando a contratos de Asociados que son una esclavitud disfrazada. Estamos sacrificando toda la inversión hecha por mi generación, que es la de vuestros padres, al haber hecho muy difícil una continuidad que es consustancial a las escuelas y disciplinas, es decir, a la Universidad (algo que ya decía Alfonso X el Sabio). Ha sido muy tarde cuando he podido ver a mis mejores discípulas llegando a realizar, todas con más de treinta años, una vocación en la que han invertido (ellas y sus padres) toda una vida de sacrificios. ¿Qué les diría a quienes están en esa situación? Que no desfallezcan, que luchen y esperen un poquito más porque en seis o siete años nos jubilamos los que fuimos precoces, que esperéis un poco y no os desaniméis pero, sobre todo, que tanto muro no quiebre vuestra ilusión y vuestro aliento. Esa ilusión y aliento es lo que hace que la Universidad no sea un mundo funcional de gente acomodada pero muerta. Tenéis una responsabilidad en crear un espacio vivo y crítico, menos domesticado (domesticación que puede ponerse en relación también con la precariedad). He conocido a lo largo de mi extensa carrera (voy para cincuenta años ejerciendo) a tanto profesor mediocre perdonando la vida al becario o becaria que es mil veces mejor que él, que ha leído más y sabe más... pero está abajo, y el sistema permite y aun incentiva con la precariedad la mansedumbre.

Pero, en fin, salgamos de la Bastilla, y vayamos al elemento estructural que favoreció mi meteórica carrera. Comencé los Comunes de Filosofía y Letras (algo glorioso tuvo mi generación con eso de estudiar dos años de Filosofía, Arte, Historia y Lenguas clásicas antes que cada Filología); a los diecisiete años comencé la carrera y la terminé a los veintiuno. Me libré de hacer la mili (perdona que no te cuente cómo, aunque en algún café con mis discípulos sí he narrado lo que me señalaría heredero de Lázaro de Tormes). Eran años de crecimiento de la población universitaria y renuncié a la beca FPU que había ganado (pues fui Premio extraordinario como tantos de vosotros, casi seguro que muchos de los que leen *Theory Now*) porque me ofreció el catedrático de Gramática General y Crítica Literaria, Antonio Roldán, que era lingüista y no se sentía cómodo con la Crítica, una Plaza de Profesor Ayudante para que me hiciera cargo de la asignatura de "Crítica Literaria", que había impartido un año antes Antonio García Berrio, quien optó a la Cátedra de Lengua Española para quedarse en Murcia. Crítica

literaria se impartía en Tercer Curso y Gramática General en Cuarto. Pues dado que había entrado con 17 y fui profesor nada más terminar la carrera, con 21 años, mi edad era la misma o inferior a la edad de los alumnos a los que enseñaba, casi todos barbu-dos y melenudos (ellos) o peligrosamente escépticos (ellos y ellas). Me miraron entrar a clase tan joven y... ¡¡con corbata!! Sufrí mucho, tenía que convencerles de que no tenían a un jovencito sino a un profesor preparado, por lo que me quedaba hasta las tantas leyendo a Aristóteles, al Pinciano, a Cascales, a Menéndez Pelayo, pero también a los formalistas rusos. Era 1974 (en 1973 había publicado García Berrio, quien tenía despacho al final del pasillo, pero con quien apenas hablaba, su libro sobre ellos) y yo leía a Cesare Segre (que publicó *Critica bajo control*, la traducción de *I Segni e la critica*) en 1970. Leía a Ambroggio, a Todorov, a Steiner... a veces los entendía y otras veces no (nunca supe si no entender a Derrida entonces era por mi francés o por su francés). Pero los alumnos no debían advertirlo, y, sobre todo, tenía que ganármelos, no como coleguilla joven (la corbata, entonces no tan infrecuente en jóvenes, era en mí un muro o parapeto defensivo), sino por hablarles de las cosas que estaban empezando a entrar en la Universidad desde Europa. Y así me los gané. Creo que hasta hoy.

Todo iba muy rápido, pero también yo, pues como había hecho la tesina (un TFG de entonces, algo más amplio) sobre el lenguaje amatorio de Quevedo, elegí ese tema para la tesis (aplicando el concepto de desautomatización del formalismo a ese lenguaje o corpus) con lo que en dos años la terminé, pues tenía mucho leído para la tesina (además, no había tanto). Y con 24 años recién cumplidos era doctor.

Sin que me diera tiempo a respirar, se convocaron las segundas oposiciones de la historia a Profesor Adjunto de Gramática General y Crítica Literaria. Las primeras, dos años antes, las habían ganado Antonio Sánchez Trigueros (UGR), Salvador Crespo Matellán (USAL), Sebastià Serrano (UB), y José de la Calle (Málaga). En noviembre de 1977 hice las mías, que gané en Madrid (entonces se celebraban allí). Hacíamos tres ejercicios, de los cuales el práctico constaba a su vez de cuatro comentarios de texto: un texto de teoría lingüística (en mi caso salió el comienzo de *Gramática, semántica y universales*, de Eugenio Coseriu), un texto de teoría literaria (lo afectivo, lo intelectual, etc.) de *Poesía española* de Dámaso, un comentario de estilo literario sobre un soneto de Juan de Jáuregui (amoroso, lo que me benefició al haber hecho mi tesis sobre Quevedo) y un editorial de *El País* de ese día, del que debíamos hacer análisis gramatical y semiótico. Era muy completo y duro, pero yo había preparado todos los temas, sabedor de que era un jovencito de 25 años al que el tribunal miraba con suspicacia dada esa precocidad (pese a mi corbata e incluso pese a dejarme bigote para parecer mayor).

De la dificultad y dureza da cuenta el hecho de que se habían convocado cinco plazas, y solo cubrieron cuatro pese a que nos presentamos 29 candidatos: ten en cuenta que afluían candidatos del ámbito lingüístico y del literario (no existían aún las áreas de conocimiento que se crearon en 1984), por ser plazas de Gramática General y Crítica Literaria. Pero es más indiciario de lo duras que eran el hecho de que, habiendo tanto candidato, iban cayendo de forma que el tribunal no cubrió como dije las cinco plazas, dejó desierta una. Solo ganamos la oposición cuatro aspirantes: María Antonia Martín Zorraquino (maestra que sería luego de Luis Beltrán y autora de un libro en Gredos sobre las construcciones pronominales, quien ganó con el número uno), Francisco Abad Nebot, también del área de lingüística, Isabel Paraíso, de Valladolid, y yo, que había quedado número tres, pero con igual puntuación que el número dos. Me favoreció mucho la dureza del tribunal, que lo era con todos. Pues la costumbre era poner en la denominada encerrona un tema de crítica literaria a los que procedían de la lingüística y al contrario, de modo que mi lección tras la encerrona de cuatro horas versó sobre “El distribucionalismo lingüístico de Z.S Harris”, un maestro de Chomsky. Cuando elegí esa bola entre tres, todo el tribunal pensaría que qué iba a hacer Pozuelo con Harris desde su teoría del lenguaje de los formalistas y Quevedo. Pues bien, como yo llevaba el tema escrito y cronometrado, causó sorpresa al tribunal que no abandonara y que hablara durante una hora (cincuenta y cinco minutos, había que ser cortés) sin barbaridad alguna. Aunque tengo que confesar que sin grandes descubrimientos; había montado el tema sobre un artículo de Berrio y un número de la revista *Langages* sobre análisis distribucional y estructural). De manera que esa dureza me sirvió. Y así fue como me vi alcanzar a la edad de 25 años el puesto de adjunto (hoy Titularidad).

Cuatro años después, también en Madrid, en un tribunal presidido por Lázaro Carreter, se repitió la dureza. Yo hablé tanto sobre la palabra como unidad lingüística, como de una lección magistral (así se llamaba el ejercicio) sobre si existía una tercera articulación en el lenguaje, moviéndome desde Martinet a Pottier y Coseriu. Es decir, que, fuera de los prácticos sobre textos literarios, mis oposiciones las gané por haberme preparado bien la parte de Gramática General. Luego hablaré algo sobre lo mucho que ha servido epistemológicamente a mi generación esa formación en lenguajes y semiótica. Sin ella no habría escrito el libro mío más conocido, *Teoría del lenguaje literario*, no habría estado tan atento como estoy (al igual que parte de mis discípulas) a los problemas de la pragmática literaria, y me sería difícil entender la semiótica de Umberto Eco o los libros de Mieke Bal. Pero a eso iré en la segunda de tus preguntas.

P- El estado de los estudios literarios en sus inicios lo llevó a una formación amplia que integraba conocimientos en lingüística o gramática –ámbitos en los que incluso tiene trabajos publicados–, ¿en qué le ha sido útil esa formación integral? ¿Cómo valora la creciente especialización de los estudios literarios?

R- Es conocido que un momento clave de la reflexión teórico-literaria lo marca la sentencia con la que Roman Jakobson cerró el Congreso de Bloomington en 1958, editado por Sebeok, con la ponencia “Lingüística y poética”, en la que advertía que un estudio de los estudios literarios sin conocimientos de lingüística y un lingüista que no atendiese a la literatura eran casos de flagrante anacronismo. Jakobson actualizaba así un maridaje que se dio en su persona ya en el Moscú de los años veinte del pasado siglo donde muchos eran miembros tanto del Círculo Lingüístico de Moscú como de la OPOIAZ, sociedad para el estudio del lenguaje poético. Decir lenguaje poético es algo más marcado que decir literatura. De hecho, yo me formé en esa tradición y titulé mi primer libro en 1979 *El lenguaje poético de la lírica amorosa de Quevedo*; nueve años después hice una reflexión sobre la teoría de la literatura del siglo XX, que incluía incluso a la deconstrucción, en *Teoría del lenguaje literario*. De modo paralelo, la estilística europea nació de un maridaje de la lingüística y la literatura. No olvidemos que Charles Bally, fundador de la Estilística francesa, fue discípulo y editor del *Cours* de Saussure, y que en España Amado Alonso, quizá el más agudo de nuestros filólogos de la primera mitad del siglo XX, fue su traductor. Lo mismo puede decirse del maridaje de estudios lingüísticos y literarios de Leo Spitzer. La gran tradición romanística alemana e italiana se aplicaba con igual ahínco a los fenómenos de lenguaje y a los literarios; mejor, entendían estos como una forma de comportarse en lenguaje. En la estilística española ocurrió igual, hasta el punto de que Eugenio Coseriu sostuvo que la gran peculiaridad de la mejor Filología practicada en España era el maridaje en un mismo investigador de estudios literarios y lingüísticos; tal es el caso de Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Manuel Alvar, Lázaro Carreter o Emilio Alarcos. En esta tradición me formé yo.

Hay luego la concurrencia de que la Teoría literaria, como disciplina académica, nace en España en 1948 junto con la Gramática con la denominación de Gramática general y Crítica Literaria, que era como se denominaban las plazas a las que opositábamos los profesores de teoría que lo hicimos antes de 1984, cuando las dos áreas de conocimiento se separaron con el nombre de *Lingüística General y Teoría de la Literatura*, respectivamente, proceso en el que intervine en la forma que luego contaré. Eso hizo que la mitad del temario de mis oposiciones tanto a Adjunto como a Catedrático respondiera a problemas de lingüística en todos sus lados: fonética, sintaxis, semántica, pragmática, etc. Y eso explica también que yo publicase en 1981 un libro

[*López de Velasco en la teoría gramatical del siglo XVI*] sobre el tratado de *Ortographía y pronunciación castellana* de López de Velasco, autor del siglo XVI; o que publicase en *Historiographía lingüística*, la revista que John Benjamins editaba en Holanda, un artículo sobre “Norma, uso y autoridad en la teoría lingüística del siglo XVI”, además de algún otro estudio. Eran trabajos con los que pretendía hacer méritos para las plazas de Gramática General y Crítica Literaria a las que concurrí. De hecho, en mis oposiciones, como he recordado antes, casi tuvieron más peso los ejercicios de lingüística que los literarios.

Pero al margen de mi carrera y planteado de manera general como principio epistemológico, las dos principales corrientes teórico-literarias de la primera mitad del siglo en los países eslavos y europeos, el formalismo ruso y la estilística, veían unidos los problemas de la literatura y los del lenguaje. Eso constituyó un paradigma general que nutrió el campo teórico literario en Europa hasta al menos 1980. Podríamos reflexionar sobre el hecho de que, al no ocurrir lo mismo en los Estados Unidos, las corrientes actuales conocidas como *cultural studies* no provienen de tal tradición y, por tal motivo, han puesto mayor énfasis en los aspectos sociológicos y antropológicos, y tiene mayor predominio la filosofía o sociología que la lingüística. Ello se explica también porque la lingüística practicada en Estados Unidos se vinculó más con la filosofía analítica que con la literatura. Por el contrario, en Europa la filosofía misma se evadió del paradigma de la filosofía analítica, lo que decantó filósofos como Heidegger (gran intérprete de Celan) o Paul Ricoeur (cuyo ensayo *La metáfora viva* adeuda mucho a conocimientos semánticos) y contribuyó a que estos tuvieran un lenguaje crítico en el que la tradición hermenéutica filológica (incluida la bíblica) afloraba de continuo.

Pero no quiero irme demasiado lejos (aunque reflexionar sobre grandes tradiciones europeas y americanas pueda ser útil) y respondo a la segunda parte de tu pregunta. El maridaje de teoría y lingüística que estuvo en la base del estructuralismo, heredero del formalismo en cuanto a teoría literaria se refiere, proporcionó muchos beneficios a los estudios literarios. Me detendré únicamente en los dos que considero más importantes: proporcionó a los estudios literarios un nuevo objeto y un nuevo método. En cuanto al objeto, la definida como *literariedad* era una categoría universalizadora, que no contemplaba ya este o aquel escritor y sus obras en el seno de la historia de la literatura nacional (que era el paradigma vigente), sino que afrontaba la especificidad de la literatura como lenguaje. Que fuera o no un desvío o practicara una desautomatización es posterior, lo principal es que la pregunta implicaba enfrentarnos a un objeto nuevo, que superaba el marco de las obras literarias y los autores, y propendía a un tratamiento de problemas universales que afectaba a cualquier literatura en cualquier lengua.

Preguntarse por la trama, la composición, la focalización, el ritmo, el tiempo narrativo, la segmentación del texto teatral llevaba la conversación a un lugar universal en que las categorías no dependían de las propias de las historias de la literatura y su sucesión de obras. En cierto modo, el énfasis de los formalistas por llamar *poética* a la teoría literaria (un sustantivo que me gusta mucho y que utilicé en mi *Poética de la ficción* (1993) nos vinculaba a la gran tradición grecolatina, también con la retórica, ambas ciencias del discurso que se ordenaron con categorías virtualmente aplicables a cualquier objeto literario en cualquier lengua). La teoría literaria, entendida así, se vinculó con sus inicios y recuperó una conversación de siglos muy anterior al triunfo decimonónico de las historias literarias como marcos epistemológicos de estudio.

Además de un nuevo objeto, la teoría literaria entroncada con la lingüística proporcionó un método y un metalenguaje adecuado al mismo. Aquí es donde la teoría de la que estoy hablando, junto a dar mucho, restó también mucho, sobre todo por la tentación formalizadora de la que no supo sustraerse y que le llevó a mimetizar en exceso las categorías tomadas de la lingüística. De esa forma una categoría como la de *fábula* (*mythos*) se entendió como sintaxis, y los cambios o desarrollo de los motivos como morfología. Hubo, sí, un intento de precisión terminológica, pero se abusó en exceso de él. Se llegó muchas veces a metalenguajes crípticos no siempre necesarios. Está bien una categoría como *durée* en Genette (mejor que la *vitesse* que la sustituyó) o estuvo bien la distinción *heterodiégesis* y *homodiégesis*, pero cuando sentimos la necesidad de llegar a la *metalepsis homodiegética con focalización de tipo IV* algo fundamental se ha perdido. Tal sobredimensión de los metalenguajes en manos de epígonos menos agudos que Gérard Genette o Mieke Bal, que eran claros, separó a la teoría de sus vecinos, sobre todo de la filosofía y la estética. E hizo daño. Pero no deberíamos por ello eludir los muchos beneficios que tuvo, tanto en la definición de objeto como de método, el maridaje de estudios lingüísticos y literarios. De hecho, la teoría de la literatura creó categorías en el ámbito de la teoría textual o la pragmática que han servido para concebir un modo de leer las obras literarias con una mirada en la que la forma es constitutiva y no un nivel. Esto es lo que me parece importante sobre la cuestión implicada en tu pregunta.

Hay un enorme déficit conceptual en el manejo de la categoría de *forma* que hoy se hace que hoy se hace por muchos, contraponiéndola a contenido. Es como si volviésemos a las etapas escolares, muy *naifs*, en las que se decía “forma” y “contenido” como niveles separables. En literatura el lenguaje no es una opción analítica, ni el contenido es un nivel. No hay nada en la literatura que no sea lenguaje. Esta afirmación

tan radical puede resultar sorprendente y hay que explicarla. Se me puede decir “es que en la literatura hay conflictos sexuales, familiares y temas como el odio, el poder, la sumisión, el incesto o la rebeldía”. Claro que sí, no hay nada que la literatura no pueda tratar, pero eso no la hace *literatura*, y por cierto no distingue la buena literatura, la creativa, de la bazofia topiquera. Hay un momento en que debemos pensar si la literatura tiene sentido, y ese momento es un momento de lenguaje. Si todos esos temas de los que he hablado (celos, odio, amor, miedo, recelo) pudieran decirse de otro modo a cómo la literatura los ha construido en sus grandes obras, la literatura no tendría lugar en el mundo. Leer a Shakespeare o a Virginia Woolf cuesta trabajo, es más costoso que hablar de esos temas según nos viene a cada uno. Por tal trabajo o coste, la literatura sería ociosa e innecesaria si fuese solo una versión de algo. Es más, al implicar un esfuerzo, la literatura desaparecería como ámbito en nuestras sociedades si fuesen contenidos que no necesitan la forma de Shakespeare o Virginia Woolf para existir. No existen sin esa forma. La semana pasada asistí a una espléndida conferencia de la profesora Pittarello sobre la noción de estilo de Juan Benet, quien fue uno de los que más agudamente se planteó el problema. Apelaba la catedrática de Venecia al libro de Nelson Goodman *Maneras de hacer mundos* (que yo analicé en mi *Poética de la ficción*) para recordarnos que la sinonimia no existe. No hay otro modo de decir lo mismo. El estilo es una categoría conformadora y nos dice que nada hay en literatura que no sea forma, concebida por tanto como la creación de un lenguaje (inseparable de contenido, claro).

El mayor problema que le veo a los estudios culturales tal como los desarrollan algunos (hay de todo en esa parcela) es que practican un tematismo sociológico en que los temas son tomados como contenidos sin que la forma sea en ellos decisiva. Por tal cosa se ha desarrollado una literatura pedagógica que ejemplifica los tópicos más cercanos, coincidentes con lo que piensa el lector. Pero para ello, y por ello, piensan no necesitar a Shakespeare o Woolf, ni sienten como una pérdida no tenerlos en el punto de su reflexión teórica. Tal proceder termina siendo profundamente reaccionario, pues si se prescinde de la *forma*, del lenguaje, la reflexión literaria terminará aliada con la ley del mínimo esfuerzo y convertirá la literatura en un lugar prescindible y en el fondo profundamente aburrido. Lo que hace necesaria a la literatura es precisamente la *forma* desde la premisa de que no hay otro modo de llegar al corazón del hombre y la mujer (en los textos literarios personajes más que personas) que a través del *estilo* que los ha creado. Hay por último la cuestión de la especificidad, si la teoría de la literatura tiene o no algo que hacer que no puedan hacer otras disciplinas. Pero es asunto al que iremos luego.

P- Su papel en la conformación del área Teoría de la Literatura a nivel nacional ha sido decisivo. Ha sido parte fundamental en la creación de ASETEL, de la AES (Asociación Española de Semiótica) o de la SELGYC, así como en la constitución y extensión de la disciplina en las distintas universidades españolas, ¿cómo vivió unos momentos tan relevantes para el área? ¿Qué elementos fueron significativos en dicho proceso?

R- Esta pregunta entronca con un pensamiento que siempre tuve —e iré enseguida a los pasos que lo dibujaron—, pero que se acentuó o fui consciente de él cuando trabajé las cuestiones relativas a la teoría del canon a partir de 1995 hasta el libro compartido con mi discípula Rosa María Aradra del año 2000. La lectura de libros como el de Graff *Professing Literature* y *Cultural Capital* de Guillory, o de ensayos como los de Barbara H. Smith me llevó a tomar conciencia de que las disciplinas, o lo que Dubois o Godzich llamaron *campo*, habían de ser situadas en el centro de algunos de los giros epistemológicos que la teoría literaria tuvo a final del siglo XX, pero que se habían dado en procesos anteriores (el paso de la historia literaria o la filología a la teoría, etc.). Antes de leer tales ensayos había vivido de modo práctico y directo el proceso que llevó a la teoría de la literatura al lugar institucional y pedagógico que ocupa en la universidad española. Fueron fundamentales los años que van desde 1983 a 1990, que han de historiarse con detenimiento y de los que ofrezco aquí solo unos apuntes vinculados a lo que viví directamente. Ciertamente, los tres hitos institucionales que señalas al hablar de la Asociación Española de Semiótica, SELGYC y ASETEL son hitos importantes, que coincidieron en el tiempo con un hito que fue básico: la constitución de la Teoría de la literatura como área de conocimiento aparte de Lingüística general y la decisión ministerial de que ambas fuesen asignaturas trocales que habían de estudiarse en todas las filologías. Tal hecho llevó a que se precisara de muchos profesores especialistas en teoría de la literatura y por tanto al desarrollo, junto a la disciplina, de muchos equipos nacientes en distintas universidades, muchas de ellas de reciente creación. Pertenece a los años del tardofranquismo y la transición la creación de las siguientes universidades (quizá deje alguna en el tintero): las dos Autónomas, de Madrid y de Barcelona, las de Alicante, Málaga, Extremadura, Cádiz, León, La Rioja, Jaime I de Castellón, Almería, Carlos III, Alcalá, Pompeu Fabra, La Rioja, Burgos, etc. De manera que la eclosión de la teoría —que supuso la entrada a España de las nuevas corrientes europeas— coincidió con esta eclosión demográfica de estudiantes en nuestras facultades de filología, todos con la obligación de cursar al menos un curso de Teoría de la Literatura.

Conocí de primera mano, porque intervine en esta historia, el modo en que se llegó a tal decisión de que Teoría de la Literatura fuese troncal. A la altura de 1984, un

año después de la fecha de la LRU (Ley de Reforma Universitaria impulsada por el PSOE, ya en el gobierno), solamente éramos en España seis catedráticos numerarios de Teoría de la Literatura, de los que habíamos sido de Gramática General y Crítica Literaria y optamos por la vertiente literaria, renunciando a Gramática General: Lázaro Carreter, García Berrio, Bobes Naves (que lo era solo de Crítica Literaria), Francisco Abad Nebot, Garrido Gallardo y yo, que era el más joven y moderno (en el sentido de ser el último que había accedido a la Cátedra, no sé si en el otro sentido pudiera decirse de mí tal cosa). Y estábamos en vísperas de que en 1984 se publicase el catálogo de troncales para los planes de estudios con las áreas de conocimiento en las universidades españolas que desarrollaba la nueva ordenación prevista en la LRU. Por entonces, andaba Antonio Sánchez Trigueros asistiendo a una Comisión Ministerial en que se discutían diferentes propuestas para nombrar esa asignatura, entre ellas Crítica Literaria, pero era más amenazadora para nuestra especificidad la que proponían los de Filología Clásica, que era denominar nuestra materia “Retórica y poética”. Como don Fernando Lázaro había sido el presidente de mis oposiciones a Cátedra y tenía de mí buena opinión (de hecho, me apoyó en aquel trance de las oposiciones siendo yo tan joven), le propuse que nos reuniera en su Seminario (planta octava del edificio B de Filología en la Complutense) a los profesores del área de las distintas universidades para elaborar una propuesta. En principio, me dijo: “vale, Pozuelo, pero solo catedráticos”. No revelaré el modo que tuve de convencerle de que deberíamos ampliar la convocatoria a los adjuntos numerarios (traer penenes habría sido inviable), que, como Sánchez Trigueros, Domínguez Caparros, Albaladejo Mayordomo, etc., encabezaban equipos ya constituidos en las distintas universidades. Realicé por tanto yo la convocatoria y allí nos reunimos unos doce profesores. Nos decantamos por nombrar tanto la asignatura como el área Teoría de la Literatura y fue una llamada telefónica de don Fernando al ministro de Educación de entonces, Javier Solana, a quien conocía, la que facilitó enormemente nuestra troncalidad y la de Lingüística General. Ya digo que tal rango institucional fue decisivo en el crecimiento del área.

De modo paralelo esta crecía científicamente y se sucedieron en aquellos años la creación de la Asociación Española de Semiótica, cuya idea nació por iniciativa de Romera Castillo en el Congreso *Semiótica e Hispanismo* celebrado en Madrid en 1983 y tuvo su constitución formal en Toledo un año después. En un artículo publicado en *Signa* en 1999 [“La Asociación Española de Semiótica (AES): crónica de una evolución científica”] tracé ya la crónica de la evolución científica de la AES. Lázaro, Claudio Guillén y García Gual fueron los instigadores esos mismos años de la SELGYC, que pretendía aflorar y desarrollar los estudios de Literatura Comparada, en torno a la Re-

vista 1616. Por otra parte, algunos profesores del área nos reunimos en Barcelona y creamos ASETEL o, mejor dicho, la gestora que había de darle vida en un Congreso presidido por Lázaro en el CSIC —creo que en 1994, pues nos visitó Mariano Rajoy, ministro de educación entonces. En un momento me vi formando parte de las directivas de las tres asociaciones mencionadas. Pero no es importante lo de la directiva, sino que muchos profesores coincidíamos en las tres asociaciones que daban cauce y promovían congresos de teoría o de semiótica, entonces (y ahora) una sinécdoque de teoría. Era importante por tanto que la efervescencia de la que gozaba la pujante actividad editorial y su apertura a las corrientes europeas y americanas tuviera cauces de reunión y propagación de lo que hacíamos.

La historia de unir al área de conocimiento la literatura comparada fue más compleja y se benefició de que Darío Villanueva, quien estaba con razón convencido de que quienes hacían literatura comparada tenían más lazos con la teoría que con el viejo comparatismo de las filologías, era rector de Santiago y propició desde dentro este movimiento. Pero no contaba tal unión con el beneplácito del gran Claudio Guillén, quien habría querido para comparada un área específica separada de teoría. No pudimos convencerle, y fueron muchas las conversaciones con él sobre ese asunto. Pero es algo que puede el lector seguir en el prólogo que Claudio Guillén puso a la segunda edición de *Entre lo uno y lo diverso* que salió en Tusquets. La lectura de ese prólogo no puedo hacerla sin sentir una pena inmensa por lo mucho que le admiré e incluso quise. Alguien debería hacer no tanto la historia externa de estas asociaciones científicas que dieron cobijo y aliento a la teoría, sino, lo que es más importante, trazar los cambios habidos en ellas en sus métodos y orientaciones epistemológicas. No estoy seguro de convencer a ninguna doctoranda de la utilidad de ello, pero ojalá pudiera hacerse. Respecto a otra faceta, la de haber participado en la carrera de buena parte de los catedráticos y titulares del área, no podría decirte mucho sin entrar en personalismos y en episodios que no siempre fueron pacíficos o gratos, pero que en conjunto me sirvieron, ya que yo era de los *viejos* en estatus, pero *joven* en edad, para utilizar ese poder en favor de quienes creía mejor preparados (no siempre acerté, eso también quiero decirlo).

P- Su carrera investigadora ha contado con múltiples líneas de interés que ha ido desarrollando a lo largo del tiempo: el lenguaje lírico de los siglos de oro, Cervantes y el Quijote, el problema de la ficción y su posterior proyección al género autobiográfico, la teoría del canon y su desarrollo en el ámbito de las ideas literarias y posteriormente en el de la historiografía, la narrativa española contemporánea... No obstante, todas sus investigaciones participan de un estilo y una mirada teórica, el estilo de la teoría, podríamos afirmar siguiendo el sintagma que

usted acuñó para referirse al gran Barthes. ¿Qué ofrece la teoría de la literatura a los estudios literarios? ¿Qué distingue el acercamiento de un teórico al objeto de estudio? ¿Cómo se entrena esa mirada interrogante, lúcida, clara y compleja a un tiempo?

R- En tu pregunta hay dos aspectos relacionados, aunque distintos. Por un lado, está la cuestión de mi propia evolución, de los cambios que han ido marcando mis preguntas a la teoría literaria y a los textos desde ella. Por otro lado, está la cuestión general de qué significa la mirada teórica para el objeto literario. Respecto a mi evolución y variedad de temática y objetos visitados (poesía del siglo de Oro, Cervantes, la teoría del lenguaje literario, la ficcionalidad, la autobiografía y los géneros del yo, el canon, la historiografía, la novela española del siglo XXI), hay que señalar que uno de los fenómenos que diferencian el campo de los estudios de teoría entre los de mi generación, y vosotros, la siguiente, es que ahora se ha producido —quizá debido al modo de ser los concursos de acceso que rigen la política universitaria—, un cambio hacia una especialización, hacia el dominio preponderante de una zona de estudio que en mi generación no se daba de modo tan acentuado. Recientemente hicimos en la UNED un homenaje muy merecido a José Domínguez Caparrós, con quien comparto mucho, y se trataba de que cada interviniente, también las más jóvenes, tratara de una de las zonas trabajadas por él en su dilatada actividad investigadora: obviamente, ya que se trata de posiblemente el mayor especialista europeo en métrica, esta zona ocupó buena parte de las ponencias. Pero hubo otras sobre géneros literarios, sobre pragmática, sobre hermenéutica, sobre historia de la teoría o los problemas de la recepción. Como he podido comprobar en los diferentes procesos de evaluación de las Agencias (la catalana, la castellana o la gallega) de las que he formado parte como evaluador de investigadores y/o profesores, es muy común hoy encontrarme con investigadores que poseen solo un ámbito, muchas veces relacionado con su tesis doctoral, y a él han dirigido todos sus esfuerzos. No creo completo/a a un/a profesor/a que exhiba dominio de una sola zona (estudios de género, poscoloniales, narratología, o semiótica teatral), y mucho menos si las clases las desarrolla también enfatizando tal zona. Primero, porque para ver bien cualquier cosa hay que saber salir de ella y mirarla desde fuera, y, segundo, porque la propia teoría de la Literatura exige que estemos atentos a problemas nuevos y diferentes, ya que es un dominio muy dinámico, sujeto a cambios de enfoque constantes. Si uno ve la obra de Roland Barthes, Mieke Bal o Cesare Segre, observa en ellos una evolución que les hizo ir a diferentes zonas, incluso a menudo saliendo del propio objeto literario que ha de ser mirado en relaciones transmediales con el arte, como es el caso de la profesora de Ámsterdam citada. En tal tradición me eduqué,

también porque a nuestra generación se nos exigía en las pruebas tener competencia en diferentes zonas, sin perfiles demasiado específicos.

Pero, aparte de los contextos y prácticas académicas, sí he de decir que mi trayectoria ha ido cambiando por ser diferentes las preguntas que le hacía a la teoría literaria. Comencé aplicando el concepto de la desautomatización del formalismo eslavo a un lenguaje poético como el del Quevedo amoroso, que tenía que arrancar su expresividad en un sistema y género ya muy agotado, prácticamente automatizado. Esa vertiente me llevó a indagar los procesos y escuelas de la teoría del lenguaje e incluso titulé un libro *Del formalismo a la neorretórica*, recogiendo esta evolución en estudios concretos de teoría formal y narratología. Me preocupó luego la cuestión de la ficción, y obviamente no puede tratarse tal asunto sin que el *Quijote*, *Cien años de soledad* o cuentos de Cortázar fuesen visitados buscando en ellos preguntas que iban mucho más allá de donde habían ido las teorías de la ficcionalidad contemporáneas que revisé y discutí en orden a fijar, sobre todo, el carácter pragmático y no semántico-referencial de la ficcionalidad. Ese libro, *Poética de la ficción*, que es uno en los que más me reconozco, me enseñó que el género de la autobiografía era una frontera respecto a las cuestiones planteadas, lo que tomé luego en el libro *De la autobiografía. Teoría y estilos* (2006). La zona de las escrituras del yo, que exploré luego desde el concepto de figuración, me parece más extensiva y completa que la de la autoficción. Y lo hice indagando la productividad que podía tener esta categoría teórica en la narrativa de Javier Marías y Vila-Matas. Estos libros, todos de planta u originales —y también el de *Ventanas de la ficción* (2004), en que reunía estudios dedicados a diferentes problemas narrativos en distintos autores— muestran sin embargo desde la variedad una constante, en la que me gustaría insistir por lo que luego diré cuando responda a la siguiente pregunta, y que también afectó a mi libro sobre *Teorías de la lírica y poéticas de poetas* (2009). Nunca entendí que la teoría y la creación literaria pudieran caminar separadas, es más, fui siempre a las diferentes cuestiones de la teoría desde los textos, en un intento de huir del que en 1987 llamé “síndrome autofágico de la teoría” (*Del formalismo a la neorretórica*, 14), teorías que hablan de teorías y consumen su fuerza en el predio de la metateoría. Ese síndrome fue uno de los males que la teoría del siglo XX mostró al separarse de la interpretación y el diálogo con las obras de los grandes autores. Fíjate, si repasamos la obra de los grandes que tenía yo como modelo, Bajtín, Susan Sontag, Barthes, Lotman, Bal, Said, Ricœur o Segre, por citar solo unos pocos, vemos que jamás construyeron sus discursos teóricos sin que hubiera grandes textos detrás. En esa tradición y estilo quise situarme. También por otra razón que me lleva a la segunda parte de la pregunta que has formulado: ¿Por qué la teoría? ¿qué pue-

de ofrecer? ¿cuál es la índole profunda de su necesidad en los estudios literarios? Lo primero que se me ocurre es decir que alguna necesidad habrá de índole profunda cuando no existe ni puede existir la conversación sobre la literatura sin que maneje-mos, desde el comienzo, categorías que la Teoría, desde la *Poética* de Aristóteles y aun antes, ha suministrado. Siempre hubo furibundos antiteóricos, defensores de un acceso a los textos que ellos llaman cordial o sensible, etc. En una mesa redonda una vez alguien (horror porque era profesor universitario), me espetó que los teóricos no sabíamos de la verdad de la literatura, que radicaba en la sensibilidad, la vivencia y no sé qué más, que lo único que existía, la realidad radical y fundamental, era el poema. Le contesté diciendo que *poema* era un concepto deudor de la teoría del género, que lo único que existía realmente en sentido radical no teórico era una cadena fonética y que categorizaciones del tipo poema, tragedia, narración, novela, etc. eran fruto de la especulación acumulada durante siglos, tan naturalizadas en la cultura que creemos que los poemas son hechos susceptibles de ser mirados sin la categorización (y la historia) que nos ha llevado a ellos. Está, además, la cuestión de la supuesta menor sensibilidad de los teóricos respecto a esa cordialidad afrodisíaca que se atribuyen los contrarios. A Roman Jakobson le dolía mucho esa acusación, y en sus *Conversaciones con Krystina Pomorska* decía que era precisamente la sensibilidad hacia la poesía la que le había llevado a leer y analizar poemas de quince lenguas diferentes a la búsqueda de un universal poético, es decir, de una teoría que la explicara en su fundamento último.

Partiendo por tanto de que sería una hipótesis no creíble que pudiera sostenerse una conversación que no implique categorías teóricas, voy a otra dimensión de tu pregunta. ¿Qué puede hacer la teoría hoy? No puedo pensar en esa pregunta en abstracto, sin mi condición de lector y profesor y, por tanto, ligarla a la siguiente: ¿en qué puede serle útil la teoría a un estudiante universitario hoy? La primera dimensión tiene que ver con el beneficio que para la vida intelectual tiene la conceptualización. A los estudiantes hoy les cuesta mucho el pensamiento abstracto, y la teoría, que siempre tuvo vínculo con la filosofía y la estética, les invita a leer de otro modo las obras literarias, les conmina a preguntarles cosas a los textos que nunca obtendrían con el solo análisis histórico-literario. No hay teoría sin categorización, y el manejo cuando leen de categorías como parodia, focalización, temporalidad, espacialidad, monólogo interior, sátira, figuración, catarsis, etc. significara la posibilidad de leer las obras desde lados menos obvios y más ricos.

Hay otro lugar que me interesa insistir: la teoría fue siempre hija de las preguntas y la mirada del espectador o lector hacia a las obras. La literatura es en sí misma un objeto teórico, un sujeto interpelante y de esa interpelación nació la teoría. Una de las

cuestiones que más me preocupan del estado actual y uso que muchos hacen de la teoría es entenderla como discurso autosuficiente. Una vez asistí a un congreso en que habían quitado del título la palabra literatura. Se llamaba algo así como “Los lenguajes de la teoría”, como si la teoría fuese por así decirlo el nuevo objeto a aplicarse. Muchos de los que así piensan y trabajan hoy en la teoría literaria parecen necesitar la literatura únicamente a modo de ejemplo de un discurso que pudiera supuestamente vivir fuera de ella. Es como si se tratase de algo que ya está, y de lo que hablan (pongamos por caso las cuestiones de sexualidad, poscolonialismo, represión, inmigración o lo que fuere) y que vendría luego la literatura a corroborar, confirmar o desmentir según el caso.

Hay dos problemas en una formulación semejante. La primera es que, si la literatura ha de tomarse primordialmente como ejemplo de discursos o problemas sociales, del poder o de cualquier asunto, normalmente es la literatura más tópica y menos creativa la que puede resultar más elocuente de manera que igual da entonces que sean Sófocles e Isak Dinesen que la obrita de quiosco o el dramón de la telenovela. Ambas, las buenas y las bazofias, se igualan si son ejemplos de un problema que ya está sin ellas. Pero hay más. Al proceder de tal forma, muchos teóricos ignoran que la gran literatura fue siempre la que movió las categorías discursivas porque las cuestionó y situó allá donde no estaban. Cervantes creó la novela en un momento en que la teoría ni siquiera se lo planteaba. Una obra literaria es la que te interpela y lleva a un lugar donde no sabías que ibas a ir, te saca de tu zona de seguridad. Pondré dos ejemplos: Conrad escribe *El corazón de las tinieblas* y esa obra puede leerse como un alegato contra el colonialismo en general o belga en particular. Pero en su análisis, Edward Said revela que, en la idea de tiniebla y sombra, en el lugar semántico de la negritud, lo oscuro, está la serpiente que es metonimia del río Congo en el mismo comienzo de la novela, lo que lleva la cuestión a lugares complejos que pudieran asociar a Kurtz con una metonimia de la animalidad inherente a esa zona explorada, y por tanto a una posición menos obvia en el trasiego de la ideología poscolonial. Puede leerse de un modo, pero, como es obra literaria grande (y lo es por eso), también de otro más escondido. El otro ejemplo lo tomaré de Kafka, pocos años después, o mejor de la interpretación que Cesare Segre dio a Kafka y sus “Mundos posibles y mundos proféticos” (así tituló la ponencia dada en la Universidad de Murcia en el Congreso *Mundos de ficción*). Antes de que hubiera campos de exterminio judío imaginó las construcciones absurdas como *El castillo* o *El proceso*, que los habían profetizado. Es la literatura la que dice lo no dicho y con seguridad lo que de otra forma no puede decirse. Por tal razón, me decepciona mucho el uso que actualmente

se le quiere dar a la literatura como ejemplo, como si no confiásemos en ella, como si no nos importase lo que no hemos comprendido del todo o el estar abiertos a lo posible ignoto que son los territorios en que la literatura reina. Por tanto, la necesidad de la teoría es solidaria con la necesidad de la literatura.

Una última cuestión sobre este asunto. Cuando propendemos a utilizar la literatura como ejemplo de asuntos sociales, políticos o sexuales, estamos trivializando o disminuyendo su importancia, pero también la nuestra como estudiosos, en el filo incluso del cuestionamiento de nuestra necesidad. Si un sociólogo o un psicólogo puede encontrar lo mismo o incluso más (si se trata solo de lectura sociológica o psicológica) que un teórico literario, cualquiera puede enseñar teoría, y así viene ocurriendo en muchas universidades norteamericanas que cubren sus puestos desde la presunción de que el estudio cultural no implica un abordaje con especificidad filológica o especialización en la composición y estilo o en el lenguaje de las obras. Vinculado a lo que antes dije de especialización excesiva de los currículos, encontramos que hoy raramente a un teórico se le exige que maneje bien la métrica, la retórica, la poética, la pragmática o la hermenéutica, es decir, aquellos instrumentos analíticos que hacían necesario nuestro concurso en el diálogo sobre la literatura con conocimientos que tenemos de los que otros carecen. Si uno lee a los formalistas, pero también a Barthes, o a Bajtín, o a Ricœur, observa que sus conocimientos técnicos en la versificación, la composición o la narratividad ayudaron en gran medida a su propia creatividad en el seno de la teoría literaria. Apelando al concepto de lector modelo de Umberto Eco, hemos ido reduciendo progresivamente la exigencia de un intérprete modelo para las obras, que sería aquel capaz de descifrar los códigos en que se han cifrado históricamente. Si reducimos la exigencia del lector modelo, lo más importante de las obras quedará sin descifrar o quizá terminen arrojadas al saco de una ejemplificación donde convivan las creativas y las topiquestas, sin que nos importe demasiado su distinción.

Una última observación en este asunto estriba en la pérdida de significación que la literatura viene teniendo en el orden del debate de las humanidades. Lo explicaré apelando otra vez a un ejemplo tomado de mi experiencia personal. Una colega europea muy prestigiosa en el ámbito de la teoría literaria me pidió si podía formar parte de un proyecto transnacional sobre migraciones, y específicamente las mediterráneas, por razones obvias. Era uno de los ámbitos definido como *preferentes* por la Unión Europea y la financiación, significativamente nutrente. Al decirle yo que no conocía (entonces era así, ahora hay más) muchas novelas u obras de teatro en que la figura del inmigrante ocupase un lugar destacado, la colega me dijo que no era la literatura el objeto preferente, sino el discurso sobre las migraciones y la problemática que los

flujos provocaban. Decliné formar parte porque poco puedo yo decir sobre las pateras en el Mediterráneo que no sea su trágica y escandalosa obvedad. La teoría de la literatura sí nos ha proporcionado instrumentales sobre los discursos, pero si la literatura quedaba fuera, decidí que también este que escribe. Habría que recordar que quizá haya miradas sobre la migración, por ejemplo, la de la interioridad del que viaja en la patera, que solo un texto literario puede ofrecer, pero ignoro si eso convencería al evaluador de la Unión Europea. Y ese es el problema, la preterición de la literatura, de la que quizá seamos en parte corresponsables por no haber sabido defender su importancia vinculada a su especificidad como mundo.

P- Ha combinado además su labor como profesor e investigador con una incansable actividad como crítico. Desde 1999 publica semanalmente reseñas en el *ABC cultural* sobre la actualidad de la narrativa contemporánea. ¿Qué valor ha cobrado la faceta crítica en su carrera? ¿Qué servicio puede ofrecer el profesor universitario a la sociedad?

R- Tuve una etapa breve (lo que duró ese periódico) como crítico en el suplemento literario del diario madrileño *El Sol*, suplemento que dirigía Manuel Longares y que me permitió estrenarme con una reseña crítica de *Presencias reales* de Steiner. En 1999, efectivamente, entré como crítico en el suplemento *ABC Cultural* que era (creo que sigue siendo) el más prestigioso de los españoles (en él han sido críticos Lázaro Carreter o Víctor García de la Concha). Desde ese año llevo publicadas 1062 reseñas de novelas y cuentos escritos en español, a razón por tanto de una crítica semanal, excepto algún hueco menor. Es una disciplina importante pues me obliga mucho, sobre todo porque la he combinado con los quince libros publicados en ese tiempo. Nunca quise que tal actividad dañara mi labor investigadora, lo que ha supuesto un sobreesfuerzo que, bien mirado, ha merecido la pena. Me gusta esa labor por varias razones. La primera es que considero que un profesor e investigador universitario debe comunicar a la sociedad sus conocimientos e intervenir en el campo literario vivo. Es importante, además, no dejar esa labor en manos de gentes que no tengan un fondo teórico o reflexivo, como es muy común en periódicos. La segunda es que me ha permitido estar al día y conocer lo que se ha ido publicando. Mil libros en veinte años me han hecho estar bastante informado de lo que se ha publicado en narrativa en español durante el siglo XXI. He cuidado que junto a los grandes nombres ya consagrados hubiera otros no conocidos. Por citar un caso: hice reseña de cinco novelas de Fernando Aramburu previas a *Patria*. Cuando nadie lo conocía y en libros que apenas vendía ese escritor, lo ha reconocido él mismo, acudía a mis críticas como sostén de su actividad. Lo mismo para el caso de escritoras. Siempre vi mal un fenómeno que considero muy

pernicioso y que he intentado evitar: la parcelación a la que se ha visto sometida la literatura femenina, ya que veía que las reseñas sobre escritoras no las hacía el crítico del suplemento, sino que eran encargadas a otra mujer, como si la literatura femenina debiera tener sesgo o marca diferenciada de la masculina.

Es mucho lo que esta entrevista se ha alargado ya, por lo que de mi ideario como crítico solamente señalaré dos o tres cosas que me parecen fundamentales. La primera es que tu gusto crítico o de lector no tiene que intervenir en la selección de las novelas o cuentos a reseñar. Obviamente, como a todo el mundo, me gustan más unas obras y unos subgéneros que otros, pero un crítico ha de estar abierto al diálogo con cada obra, sin que intervenga ningún *a priori* estético, ideológico o de cualquier otra índole. La segunda es que un crítico debe hablar desde dos lados necesariamente unidos: como lector y como experto en aquello de lo que habla. Experto porque conoce mucha literatura, pero también experto porque debe servirse de lo que la teoría literaria le ha ido enseñando, evitando, eso sí, un metalenguaje especializado, sabiendo que un suplemento de un periódico lo leen médicos, juezas, abogadas o profesores. Evitar el metalenguaje no quiere decir que no opere en tu reseña la mirada sobre los elementos compositivos y narrativos y el uso que tal novelista o aquel escritor hayan hecho de los espacios o los tiempos, del discurso y del lenguaje interior o exterior de los personajes.

Otra ley a la que he querido sujetarme es que tanto los juicios positivos como, sobre todo, los negativos han de ser sustentados y explicados desde lo que la novela o cuento haya hecho. Una crítica debe ser hecha desde el juicio y no desde la opinión, si queremos actualizar la clásica dualidad presente ya en la retórica greco-latina. La opinión implica un valor subjetivo; el juicio ha de objetivarse. No merece la pena que traiga aquí lo que eso supone respecto a escritores tan amigos mientras la crítica sea positiva que olvidan que lo fueron si una crítica negativa aparece, por bien intencionadas que hayan sido las observaciones no favorables. Lo buen crítico que eras desaparece cuando tu crítica no le gusta al escritor (quizá es que no era tan bueno, aunque en esto de la autoconciencia y ego de los escritores no hay forma de alcanzar mucho). Pero es algo a lo que acostumbé, alguna vez con dolor, casi siempre sin él.

Un último apunte: ser catedrático y no depender mi situación económica de esta actividad me ha hecho más libre, menos condicionado. Como no soy especialmente valiente, no sé qué habría hecho si mi vida dependiera de los honorarios de la actividad crítica. Aunque tengo que decir, y bien alto porque es de justicia, que nunca *ABC Cultural* me hizo observación alguna sobre mis críticas, incluso cuando es conocido

que en algunas de las negativas estaban implicados escritores vinculados al periódico. No he tenido oportunidad de saber qué habría hecho si no me sintiera libre. Es mucho más lo que podría añadirse, pero no podría el lector de esta amable revista científica soportar que lo hiciese en detalle, por lo que lo dejo aquí.

P- Este año, tras más de media centuria en las aulas, se cumple el fin de una etapa y el inicio de otra. ¿Cómo se enfrenta a este momento vital? ¿Qué proyectos tiene Pozuelo Yvancos en el horizonte?

R- Lo más importante que tengo por hacer —y llevo cuatro años muy implicado en ello— es apoyar y reforzar los estudios de teoría literaria españoles, pero en particular los de un equipo formado por tres discípulas ya doctoras y un discípulo doctorando. La vida académica que me regalaron antes discípulos como Rosa Aradra y Francisco Vicente acentuó tal dimensión de regalo con la incorporación a mi equipo en los últimos años de jóvenes muy preparados y con alto grado de compromiso. Estoy aplicado a ponerles en relación con los mejores y a darles, desde mi experiencia, algo que pueda servirles. No me engaño en que será lo que ellas y ellos tomen. Por los frutos suyos que estoy viendo dar, siento que mi vida docente e investigadora ha tenido sentido. Y quizá lo más importante que tengo que transmitir a alumnos y discípulos es que he sido, soy, muy feliz leyendo, estudiando, enseñando. No entendería mi vida sin esos tres adverbios. Quien me acompaña también lo sabe.

Bibliografía

Alonso, Dámaso. *Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos: Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope de Vega, Quevedo*. 1950. Madrid, Gredos, 2008.

Aramburu, Fernando. *Patria*. Barcelona, Tusquets, 2016.

Buck, Pearl S. *Viento del este, viento del oeste*. 1930. Traducido por G. y L. Gosse, Libros Reno, Barcelona, Plaza & Janés, 1972.

Ciudadano Kane. Dirigida por Orson Wells, RKO Pictures, 1941.

Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*, editado por Francisco Rico. Madrid, Alfaguara, 2013.

Conrad, Joseph. *El corazón de las tinieblas*. 1899. Editado por Fernando Galván y José Santiago Fernández Vázquez, Madrid, Cátedra, 2005.

Coseriu, Eugenio. *Gramática, semántica, universales: estudios de lingüística funcional*. Madrid, Gredos, 1978.

- Cuervo, Francisco. *¡Yo creo en Jesús de Nazaret!* Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975.
- Díez Alegría, José María. *¡Yo creo en la esperanza!* Bilbao, Desclée de Brouwer, 1972.
- Dubos, Jean y Françoise Dubois-Charlier, editores. *Analyse distributionnelle et structurale*, número monográfico de *Langages*, no. 20, 1970.
- El séptimo sello*. Dirigida por Ingmar Bergman, Svensk Filmindustri, 1957.
- Fresas salvajes*. Dirigida por Ingmar Bergman, Svensk Filmindustri, 1957.
- García Berrio, Antonio. "El distribucionalismo lingüístico. Z.S. Harris". *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. 26, no. 4, 1968, pp. 433-455.
- _____. *Significado actual del formalismo ruso*. Barcelona, Planeta, 1973.
- García Márquez. *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967.
- Goodman, Nelson. *Maneras de hacer mundos*. 1978. Traducido por Carlos Thiebaut, Madrid, Visor, 1990.
- Graff, Gerald. *Professing Literature. An Institutional History*. Chicago, Chicago University Press, 1987.
- Guillén, Claudio. "Prólogo. La Literatura Comparada y la crisis de las humanidades". *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada (ayer y hoy)*. Edición revisada, Barcelona, Tusquets, 2005, pp. 11-24.
- Guillory, John. *Cultural Capital. The Problem of Literary Canon Formation*. Chicago, Chicago University Press, 1993.
- Hemingway, Ernest. *El viejo y el mar*. 1952. Traducido por Lino Navas Calvo, Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1955.
- Jakobson, Roman. "Linguistics and Poetics". 1958. *Style in Language*, Thomas A. Sebeok (ed.), Cambridge, M. I. T. Press, 1960, pp. 350-377.
- _____. *Lingüística, poética, tiempo. Conversaciones con Krystina Pomorska*. Barcelona, Crítica, 1981.
- Ladrón de bicicletas*. Dirigida por Vittorio de Sica, Produzioni De Sica, 1948.
- Kafka, Franz. *El proceso*. 1925. Editado por Isabel Hernández, Madrid, Cátedra, 2006.
- _____. *El castillo*. 1926. Traducido por Luis Acosta, Madrid, Cátedra, 2000.
- López de Velasco, Juan. *Ortografía y pronunciación castellana*. Burgos, Felipe de Junta, 1582.
- Los comulgantes*. Dirigida por Ingmar Bergman, Svensk Filmindustri, 1963.

- Martín Vigil, José Luis. *La vida sale al encuentro*. Madrid, Escelicer, 1953.
- _____. *Una chabola en Bilbao*. Barcelona, Editorial Juventud, 1960.
- Martín Zorraquino, María Antonia. *Las construcciones pronominales en español. Paradigma y desviaciones*. Madrid, Gredos, 1979.
- Pozuelo Yvancos, José María. *El lenguaje poético de la lírica amorosa de Quevedo*. Murcia, Universidad de Murcia, 1979.
- _____. *López de Velasco en la teoría gramatical del siglo XVI*. Murcia, Universidad de Murcia, 1981.
- _____. "Norma, uso y autoridad en la teoría lingüística del siglo XVI". *Historiographia Linguistica*, vol. 11, no. 1-2, 1984, pp. 77-94.
- _____. *Del formalismo a la neorretórica*. Madrid, Taurus, 1988.
- _____. *Teoría del lenguaje literario*. Madrid, Cátedra, 1988.
- _____. *Poética de la ficción*. Madrid, Síntesis, 1993.
- _____. "La Asociación Española de Semiótica (AES): crónica de una evolución científica". *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, no. 8, 1999, pp. 53-68.
- _____. *Ventanas de la ficción. Narrativa hispánica, siglos XX y XXI*. Barcelona, Península, 2004.
- _____. *De la autobiografía. Teoría y estilos*. Madrid, Crítica, 2006.
- _____. *Poéticas de poetas. Teoría, crítica y poesía*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.
- Pozuelo Yvancos, José María y Rosa María Aradra Sánchez. *Teoría del canon y literatura española*. Madrid, Cátedra, 2000.
- Quoist, Michel. *Amor: el diario de Daniel*. 1956. Traducido por Juan Baqué, Barcelona, Herder, 1960.
- Ricœur, Paul. *La metáfora viva*. 1975. Traducido por Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2001.
- Saint-Laurent, Cécil. *Carolina querida*. 1947. Traducido por Alberto Vilá de Avilés, Libros Reno, Barcelona, Plaza & Janés, 1966.
- Saussure, Ferdinand de. *Cours de Linguistique Générale*, editado por Charles Bally y Albert Sechehaye. Lausana y París, Payot, 1916.
- _____. *Curso de lingüística general*. 1916. Traducido por Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, 1945.
- Segre, Cesare. *Crítica bajo control*. 1969. Traducido por Milagros Arizmendi y María Hernández-Esteban, Barcelona, Planeta, 1970.

_____. "Mundos posibles y mundos proféticos". *Mundos de ficción (actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica, Murcia, 21-24 noviembre 1994)*, vol. 1, José María Pozuelo Yvancos y Francisco Vicente Gómez (eds.), Murcia, Universidad de Murcia, 1996, pp. 79-88.

Steiner, George. *Presencias reales*. 1989. Traducido por Juan Gabriel López Guix, Barcelona, Destino, 1991.

Van der Meersch, Maxence. *Cuerpos y almas*. 1943. Traducido por Cristóbal Rivero, Libros Reno, Barcelona, Plaza & Janés, 1961.

Waltari, Mika. *Sinuhé el egipcio*. 1945. Traducido por Manuel Bosch Barrett, Libros Reno, Barcelona, Plaza & Janés, 1962.